

á diferencia del indio, no se ocupaba meramente en levantar templos, sino que elevaba tambien palacios y ciudades. Los palacios de los reyes son imitaciones de los templos, como sus estatuas imitaban las de los dioses; solo que las salas hipóstilas son mas vastas, y las cámaras interiores destinadas á la habitacion son mas variadas y amplias. En el colosal palacio de Carnac, despues de cuatro sucesivos pórticos hay una sala hipóstila de trescientos diez y ocho piés de largo por ciento cincuenta y nueve de anchura, con ciento treinta y cuatro columnas, las mayores de las cuales son de veinte y dos metros, setenta y cinco centímetros. Tal debía ser el famoso laberinto; tal es tambien el palacio de Osimándias. ¡ Qué vista tan maravillosa debía de presentar la ciudad de File, bañando sus piés en el Nilo, mientras que rivalizando con las colinas inmediatas, elevaba terrados, majestuosas puertas, propileos, casas situadas á lo largo de calzadas de granito, y cruzadas por infinitos bosques de palmeras! Otros tantos edificios magníficos adornaban á Edfu, ciudad del Sol, á Nomális Buto (Esné), á Hermóntis, y mas aun á No-Ammon, la Tébas hecatómpila de los Griegos, en la cual dicen los sacerdotes, segun Tácito, que vivian en otro tiempo setecientos mil hombres en edad de llevar las armas (1). Comprendia esta ciudad los cinco barrios de Carnac, Luxor, Memnonio, Medinet-Abu, y Curna, y subsisten todavia seis obeliscos, diez y siete pilastras colosales, setecientos cincuenta columnas, alguna de ellas no inferior en diámetro á la de Trajano en Roma, y setenta y siete estatuas monólitas y de tamaño mayor que el natural. El hipódromo de Medinet-Abu es un recinto de mil quinientos metros de longitud por novecientos ochenta y ocho de anchura. Al palacio de Carnac conduce una galería de sesenta esfinges cuando ménos, y el pórtico, que tiene de altura cuarenta y tres metros y ciento trece de largo, da á un primer patio cuya extension es fácil calcular por estos precedentes. Mas allá del pórtico hay una ancha sala hipóstila de cuarenta y siete mil piés cuadrados, cuyas bóvedas planas están sostenidas por ciento treinta y cuatro columnas, las mas gruesas que se han encontrado usadas en construcciones internas. Si producen allí maravilla los inmensos arquitectónicos monólitos, no la causa menor la profusion de esculturas y ornamentos simbólicos. Dos filas de esfinges que ocupan un espacio de dos mil trescientos metros unen á Carnac con Luxor. En el Memnonio está la tumba de Osimándias, sobre la cual habia en otro tiempo un circulo de oro ó dorado, de trescientos sesenta y cinco codos de circunferencia (1), y allí cerca estaba la estatua vocal de Memnon, que saludaba al sol saliente.

(1) Es muy probable que este número de setecientos mil se refiriese á los individuos de la casta de los guerreros, y que él entendiése guerreros. Sin embargo, el area de esta ciudad, que aun puede medirse, tiene cerca de 4,626 hectáreas, Paris tiene 3,400 y no obstante no llega á tanto su poblacion. Londres tiene 6,000, y Viena 2,100.

Sin extendernos mas á describir tantas maravillas, diremos solamente que los Franceses de la expedicion napoleónica que fueron á dibujarlas con el desprecio con que la revolucion miraba todo lo pasado, y la escuela todo lo que no era griego, quedaron tan asombrados, que confesaban no poderse hacer hoy nada mejor, é interrumpian la narracion para exclamar: « Se cansa uno de escribir y leer, porque aturda la mente al pensar en dibujos tan gigantes, apenas cree posible su ejecucion, aun despues de haberlos visto. »

Si de aquella inmensidad descendemos á las obras pequeñas, observamos el arte mismo y aun mayor delicadeza en los utensilios domésticos y religiosos, vasos, armas, en el grabado en piedras duras, y especialmente en los tan conocidos escarabajos. Llevábanse estos en anillos ó al cuello; tienen esculpidas leyendas funebres, preces por los difuntos, símbolos de la divinidad, ó meros adornos; y algunos han revelado nombres de reyes anteriores en muchos siglos á la guerra de Troya.

Ahora posee la Europa bastantes productos del arte egipcio para juzgar de él, habiendo todas las naciones á porfia cogido su botín en aquel país ántes de que en 1835 prohibiese su exportacion el bajá de Egipto. Algunas obras superiores elegidas entre la coleccion de Salt se han pagado á siete mil libras esterlinas; trescientas veinte ha valido la mejor momia, y ciento sesenta y ocho el mejor papiro. Basta penetrar en el estupendo museo de Turin ó en el británico de Londres para deponer las preocupaciones que contra el arte egipcio habia propagado la escuela. En las cabezas encontramos variedad de fisonomía, correccion maravillosa y hasta expresion, si bien la ejecucion del resto del cuerpo es bastante descuidada, porque no siendo la pintura mas que un mero signo, una representacion de ideas, se contentaban con retratar exactamente la parte principal y característica. La individualidad no habia adquirido aun en Egipto tal importancia que pudiese obrar por sí misma, y el orden de concepcion y de libertad no se habia separado del de la fe y de la religion, ni el arte se cultivaba allí por ser arte, ni como medio con que el genio manifiesta su poder sino para imitar en grande lo que contribuía al culto de los dioses y á conservar el recuerdo de los fastos nacionales.

Resumiendo, pues, lo que hemos dicho sobre el arte en general, podemos distinguir en él tres sistemas: el oriental, simbólico por esencia y mas ó ménos convencional; el griego, que comprende toda la antigüedad clásica y que llevó al colmo de la perfeccion las representaciones de la naturaleza, el ideal de la misma realidad en su forma mas graciosa, en su expresion mas elevada; y últimamente el cristiano, que abraza cuanto tiene de original y eminente el arte moderno, y que mientras toma por modelo la naturaleza real, no se contenta puramente con lo bello físico, sino que busca tambien la belleza

moral, no desdendiendo los dolores, la debilidad ni las imperfecciones humanas, y alcanzando así el grado mas sublime de verdad.

CAPITULO XXV

Comparaciones.

Al paso que la Vénus de Médicis y el Apolo de Belveder revelan un pueblo idólatra de la belleza en las formas, los idolillos y los colosos egipcios indican una nacion grave, servil y acompasada. Los monumentos de la Elade atraen agradablemente; los Egipcios inspiran cierto pavor que hace callar y pensar; aquellos, siempre políticos, acostumbran á lo bello; religiosos estos, despiertan la idea de lo infinito.

Tampoco pueden confundirse las obras de los Egipcios con las de los Indios. La arquitectura de los primeros es sencilla hasta la monotonía; en la India todo es variado con inagotable rareza: allí lo accesorio predomina sobre la forma, mientras que en Egipto esta apenas deja pensar en el adorno. En las orillas del Nilo todas son líneas rectas; en las del Ganges todas son mixtas: diferencia natural entre un pueblo severo y geométrico y otro de imaginacion eminentemente fantástica. La escultura de los Egipcios es escasa de movimiento; aumenta, pero no violenta las proporciones; la de los Indios no tiene ni proporciones, ni trabazon, y es amenerada en la expresion y en el movimiento. Las pirámides de la India son bastante inferiores en mérito á las de Egipto, pues que la llamada grande, considerada como un portento por lord Valentia, apenas se eleva doscientos piés: así, pues, las pagodas solamente tienen los cimientos de piedras macizas; el resto es de madera revestida de estuco y de porcelana. El Egipto no trabajaba tanto las grutas, porque las dedicaba á los cadáveres; la imaginacion ménos viva de los Egipcios no produjo tantos poemas, ni tanta filosofia, como la de los Indios; pero en cambio su profundidad y los zelos sacerdotales inventaron los jeroglíficos, desconocidos enteramente en la India. No obstante, aunque por circunstancias particulares fué diverso el sucesivo desarrollo de uno y otro pueblo, concordaban ambos en lo principal, esto es, en la expresion simbólica.

De la comparacion general entre estos dos pueblos resultan semejanzas cada vez mayores. La inspeccion de los cráneos ha producido los mismos resultados, é indicado la preponderancia de las clases sacerdotal y guerrera. En ambas naciones está la legislacion en las manos de los sacerdotes; el ceremonial limita el poder del rey, elegido entre los guerreros; y toda la constitucion se funda en la separacion de las castas, que respecto de las mas elevadas es idéntica, en los dos países, variando en las inferiores conforme á las circunstancias. En los dos pueblos tienen los sacerdotes iguales derechos, posesiones y trajes, y fundan su autoridad en la ciencia. Los guerreros se asemejan en el

género de las armas, en el uso de carros y no de caballerías, si bien en Egipto se valen ménos de los elefantes, y son superiores en fuerza (1). En Egipto la propiedad territorial permaneció regida como en la India, hasta que José la concentró toda en manos del Faraon. La civilizacion marchó en ambos puntos con igual paso, aun cuando la igualdad del terreno hizo mas fácil la reunion de los pequeños Estados egipcios en uno solo.

Tambien se parecen mucho los dioses adorados en los dos pueblos. Ísis y Osiris recuerdan á Isi é Isaura de los Indios; en las orillas del Nilo como en las del Ganges es adorado el *Lingam*; sagrados son asimismo los animales en la India, aunque no tanto como en Egipto; el huevo que entre los Indios simbolizaba el origen de todas las cosas, figura en la boca del Cnef egipcio; como el Horo de Ísis imitaba el cama de Lacmi. En Osiris encuentra Góres la séptima encarnacion de Visnú, pero con mas razon lo asimila Creutzer á Crisna, que negro como Osiris, rodeado de ninfas y animales, difunde como él la fecundidad y la agricultura, obtiene por excelencia el título de bueno y espira en un madero fatal al fin de la penúltima edad del mundo. En general, la religion egipcia, así como la india, reduce el dualismo á panteísmo, segun aparece de la leyenda de Ísis que restituye la libertad á Tifon vencido por Horo. El culto exterior es inherente en ambos países á ciertos santuarios, y celebrado con sacrificios de sangre y de amor, peregrinaciones, penitencias, bautizos y procesiones, para llevar á las divinidades de uno á otro templo (2). *Oum* es la continua expresion jaculatoria del Indio, y *On* del Egipcio: uno y otro creen en el juicio de los muertos con asistencia de un genio amigo y de otro contrario, juicio en el cual se condena al infierno á los malos; ambos creen del propio modo en la trasmigracion, y concuerdan hasta en el número de grados que el alma debe recorrer, y en el cómputo de los períodos.

En ambos pueblos se encuentra ademas igual esmero en el cultivo de los campos, igual forma de arado, idéntico arte de tejer el algodón, permitida la poligamia, pero no extendida, y clases de réprobos, desheredados hasta de los derechos de la humanidad.

Cuando Burr, capitán inglés de la division de las Indias, fué enviado á Egipto con un cuerpo de Indios, para combatir á Napoleon, observó que se parecian enteramente los sacerdotes representados en el templo de Dendera á los que habia visto en las orillas del Ganges. « Los Indios que nos acompañaban, dice, miraban estas ruinas con respetuosa admiracion, á causa de

(1) DARBERG, *Ueber die Musik der Inder*, lám. II, da dos imágenes de Chatria, que principalmente en la cabellera se parecen bastante á los guerreros egipcios dibujados en el tom. II lám. X de la *Description de l'Égypte*.

(2) Entre las dos religiones establece una larga comparacion PRITCHARD, *Analysis of etc.* Londres 1819; pero por espíritu de sistema no se sirve de los monumentos ni de los recientes descubrimientos.

la semejanza que notaban entre varias figuras que veían allí y sus divinidades patrias, por lo cual creían que este templo debía ser obra de uno de sus Radjas que sin duda visitó la tierra de Egipto (1).

Tales semejanzas ¿sería posible que fuesen puramente accidentales? ¿No indicarán sino la comunidad de origen, ó serán prueba de que la colonia que civilizó el Egipto provenía de la India? Hay tradición de Indios emigrados á Egipto, probablemente Banianos, dirigidos por Bramanes; las tumbas egipcias están llenas de telas, piedras preciosas y utensilios indios, que al paso que demuestran las relaciones existentes un tiempo entre ambos países, desmienten la antigua preocupación que supone enemigos del mar á los súbditos de los Faraones; y el mismo nombre de Manes, autor de la civilización egipcia, tan parecido al nombre indio de Manú (2), prueba que alguna colonia india llegando á la costa occidental del Mar Rojo, en vez de fijarse en ella subió hasta la Etiopia, y despues de haber subyugado la primitiva raza de los Árabes abisinios, se propagó por el Egipto. En efecto, en Etiopia se han descubierto caracteres muy semejantes á los antiguos sanscritos, especialmente en las grutas de Canara, y los caracteres hemiaritas (*) que ahora nos revela el África Oriental, adornaban aun, en el siglo XIV de nuestra era, las puertas de Samarcanda (3).

Pero demos tregua á las deducciones, á las cuales no sabemos si los nuevos descubrimientos quitarán ó añadirán fuerza. Estos serán los que pongan en su verdadero punto el mérito de los Egipcios, considerados hasta ahora por unos con desprecio y por otros con entusiasmo; porque á la vez que algunos admiran sus obras maestras, otros, á pesar de su grandeza y solidez, no les encuentran ninguna belleza, ni reconocen el genio en obras como aquellas, semejantes á un inmenso panal en que cada abeja labra su propia celda, y en que nada mas se descubre que la opresión de generaciones enteras. En

(1) *Bibliotheca britann.*, t. XXXVIII, p. 208-221.

(2) Carver, en los *Travels through the interior parts of north America*, dice que algunos bárbaros veneran allí un genio que llaman Manú, bajo la forma de una gran serpiente. Esto corrobora la hipótesis expuesta por nosotros un poco mas arriba.

(*) Del alfabeto de la lengua árabe de tiempos remotísimos. (N. del T.)

(3) LANGLEY, notas al viaje de Norden, t. III, p. 229-319. (V. SCHÖLCHER, *El Egipto en 1845*) dice: « Los descendientes directos de aquellos antiguos Egipcios que construían los obeliscos en las cuevas de granito; que trasportaban y esculpían colosales monólitos; que alzaban, con una ciencia aun no sobrepasada, gigantescos monumentos; que fueron en suma una de las lumbreras de la civilización, cayeron en la mayor barbarie, y entre ellos y los salvajes no hay otra diferencia mas que el capricho de quien los oprime, y el baston de un déspota inhumano siempre levantado sobre su cabeza. Nada mas horrendo puede imaginarse que sus cuevas de fango, sucias, bajas, sin forma ni otra abertura que una puerta de tres piés ó tres y medio; miserablemente acumuladas unas sobre otras y separadas por estrechas sendas, en las que uno se sumerge en polvo é inmundicia. En estos sucios lodazales, habitados por una poblacion reducida y verdaderamente ilota, no se halla la mas leve idea de nada que sea lisonjero á la vida, y el hombre permanece allí con todas las asperezas y privaciones del estado natural.

cuanto á la ciencia egipcia, ¿cómo hablar de ella con seguridad cuando el arte capital consistía en tenerla oculta? La política interior se cifraba en someter á los mas al crédito y al poder de unos pocos, y la exterior en tener al pueblo aislado, sin tratar de hacerlo fuerte; por cuya causa, apénas los Persas hubieron roto las barreras que les oponía el Egipto, se convirtió este país en teatro de irreparables invasiones, y alternativamente lo asolaron los Griegos, Romanos, Bizantinos, Árabes, Fatimitas, Curdos, Mamelucos y Turcos, hasta la época actual en que le promete nueva vida el Faraón que ahora *sabiamente lo oprime*, y que desde su solio de Alejandría hace temblar á Constantinopla, como Sesóstris desde Tebas, y Saladino desde el Cairo, hacian estremecerse de espanto á Babilonia y Bagdad (*).

CAPÍTULO XXVI

FENICIOS

Historia é instituciones.

La Arabia Feliz debió estar habitada antiquísimamente por un gran pueblo agrícola y traficante, que siguiendo la costa de África extendía su navegación hasta Sofala, y tambien hasta las costas occidentales de las Indias y las meridionales de la Persia. Algunos viajeros (1) afirman que este pueblo ocupó el Yemen, siendo ya civilizado y poderoso seiscientos años antes de Salomon; que fué llamado despues por los Griegos los homeritas (hemiaritas) ó Sabeos. Nos sirve de argumento en su antigüedad el saber que Nino demandó la ayuda de Arico ó Arico, uno de sus príncipes; y si creemos á Estrabon, estaba constituido en castas, á la manera de los Indios y los Egipcios.

De estos Árabes proceden probablemente los Fenicios, ó como los llama la Escritura, los Cananeos, lo cual tambien indica Herodoto, cuando dice que en tiempo de Cambises tenían los Árabes emporios de comercio en las costas del Mediterráneo desde Cádiz hasta Jenisó (2). Quizá por esto conocieron los Fenicios el comercio que podía hacerse por el Mar Rojo con la India, á cuyo fin determinaron usurpar algun puerto á los Idumeos: lo cierto es que con los Árabes de Saba mantuvieron perennes relaciones, y es probable que de su territorio extrajesen el oro que, segun Estrabon, se encontraba en abundancia en granos del tamaño de nueces, y del cual los naturales hacian adornos,

(*) Ya esto último ha dejado de ser cierto desde la muerte de Mehmet Ali; y si bien los dominadores del Egipto poco tienen que temer por parte de Constantinopla, se hallan en cambio sujetos como el resto del imperio á la transformación, ó por mejor decir á la descomposición, que se está efectuando en la raza turca.

(N. del T.)

(1) POKOKE, *Specimen historiae Arabum*. — ALB. SCHULTENS, *Historia imperii vetustissimi Ictanidarum in Arabia Felici*. Hardoviei Gueldrorum, 1786. Véase el principio de nuestro Libro IX.

(2) Lib. III. 3.

vendéndolo ademas por el doble de plata y el triple de bronce.

Puede, pues, creerse que vivieron los Fenicios al principio en las costas del Golfo Árabe habitando en cavernas, pescando y navegando como factores de los mercaderes de la Gedrosia, de la Tapróbana, de la Gangáride y del Quersoneso Áureo; hábitos que llevaron consigo cuando algun acto de violencia por parte de sus enemigos los desalojó de allí. Entónces, si se nos permite una conjetura, invadieron el Egipto con el nombre de Hiksos, al mismo tiempo que se fijaban en las orillas del Mediterráneo, en el país que se llamó primero Joppe, y luego Fenicia, de la voz griega que significa palma.

Es tal vez cierto que en tiempos remotísimos no existía el Mediterráneo, y que en aquel vasto valle florecían países populosos, hasta que una inmensa agitación de la naturaleza levantó los Apeninos, separó á Abila de Calpe, y por aquel paso abierto precipitó el mar sobre el florido valle, dejando solo descubiertas las crestas de los montes, y las cimas, que fueron luego la España, la Italia, sus islas y las del Archipiélago. La memoria de este suceso se lee por los geólogos en la disposición de los terrenos y por los mitógrafos en las hazañas de Hércules. Este desastre facilitó la comunicación entre los países que sobrevivieron á él, los cuales acaso de otra manera habrían permanecido bárbaros é ignotos como la Tartaria y el interior del África, mientras que las muchas enseñadas y la serpeante costa multiplicaron las relaciones, y por consiguiente la civilización.

Á aprovecharse de esta oportunidad vinieron los Fenicios, estableciéndose en aquella lengua de tierra que está entre el Libano y el mar. Consta por la tradición que treinta siglos á. C. enseñó Memrum á los Sidonios á cubrirse de pieles, á fabricar casas y á encender fuego; y que habiendo derribado un árbol y cortádole las ramas, lo lanzó al mar, haciendo de él un barco. El verdadero Memrum debieron ser la necesidad y la naturaleza del país; porque la pobreza de territorio y la opresión inducen ordinariamente á las naciones á dedicarse al tráfico y á la industria, como lo prueban los ejemplos de Venecia, Génova y Holanda. Y tan natural era á estos países el comercio, que cuando la espada de un conquistador venía alguna vez á interrumpir la obra de la paz, pronto se levantaban nuevas ciudades en lugar de las destruidas: si Nabucodonosor asoló á Sidon, Tiro se levantó en seguida cerca de sus ruinas; y cuando Tito pereció, su mismo destructor construyó en medio del desierto á Alejandría, que á pesar de tantas adversidades aun no ha perdido su importancia.

Muy agradable nos sería, desde las memorias de pueblos condenados por los déspotas al reposo ó al movimiento forzado, pasar á las de una nacion como la fenicia, que fundaba su existencia en el comercio y en la industria, que se extendía por los pueblos inmediatos y

lejanos, y que (segun la elegante expresion de Bianchini) hacia tambien el comercio de leyes y el cambio de costumbres cultas. Pero desventuradamente estamos en una completa oscuridad en este punto; solo por incidencia hablan de los Fenicios los escritores hebreos, principalmente Ezequiel y Josefo: este último y Eusebio en la *Preparacion Evangelica* nombran á Dios y Menandro de Éfeso historiadores de Tiro; Teodoto, Ipsicrates y Moco son citados por Taciano (1): sabemos por Appiano (2) que los Tirios llevaban nota de sus sucesos y de los de los pueblos con quienes tenían relaciones; pero el tiempo no ha respetado sino algun fragmento suelto de sus historias. El historiador nacional Sanconiaton, el mas célebre despues de Moises, habia escrito un tratado sobre la filosofía de Hermes, una teología egipcia, y los fastos de la Fenicia. Las dos primeras obras, tomadas de los escritos de Tot y de los registros depositados en los santuarios de los Amoneos, nos habrian iniciado en la sabiduría fenicia y egipcia, con tanta mayor seguridad cuanto que el rey Abibal, á quien las dedicó Sanconiaton, hizo comprobar su exactitud por una comision de doctos. La historia fué vertida al griego por Herennio Filon de Biblos, que vivió en el siglo II de nuestra era, pero la traduccion se perdió como el original, á excepcion de unos pocos fragmentos, cuya mayor parte se refieren á la cosmogonía (3). Hace poco que se anunció el descubrimiento de la version entera (4), pero no puede aceptarla la crítica; motivo por el cual continuamos atentos á las escasas noticias que teniamos antes (5).

La Fenicia, aun en sus tiempos mas florecientes, solo comprendía una costa de poco mas de ciento cincuenta millas de longitud, y de treinta cuando mas de latitud; pero tanto ella como las islas vecinas estaban cubiertas de ciudades. Primeramente se encontraba Arado en la isla, y Antarado en el continente; luego

(1) *Oratio ad Græcos*. N. 37.

(2) Lib. I. § 17.

(3) Insertos por Eusebio en la *Preparacion Evangelica*, y fué impugnada su autenticidad. Los diversos fragmentos de Sanconiaton se reunieron por Orellio. Leipzig, 1826.

(4) Por el Aleman Franciscó de Wagenfeld. Véase *Análisis de la historia primitiva de los Fenicios, hecho en virtud del manuscrito recientemente descubierto de la traduccion íntegra de Filon* (en alemán), 1835.

(5) V. HEEREN, *Ideas acerca de la política y del comercio de los pueblos antiguos* (en alemán).

MIGNOT, *Memorias sobre los Fenicios*; en los tomos 31-42 de la coleccion de la Academia de las Inscripciones.

HENRICI ARENTII HAMAKERI, *Miscellanea phenicia*. Leiden, 1838.

GUILLERMO GESSENIO en 1835 pretendió descubrir la clave de las inscripciones fenicias, escritas con caracteres diversos de los comunes (*Über die punsche-numidische Schrift, und die damit geschriebenen grósteenteils unerklärten Inschriften und Münzen in Paläographische Studien*. Leipzig). Despues en 1837 imprimió en Leipzig:

Scriptura lingueque phenicia monumenta quotquot supersunt, edita et inedita, ad autographorum optimorumque apographorum fidem, donde ilustra las muchas inscripciones que desde 1817 se han descubierto en el recinto que ocupó Cartago en la Numidia.

De los estudios basta aquí hechos parece el resultado mas cierto, que no solo el idioma cartagines y fenicio, sino tambien el númida, eran idénticos al hebreo.

Extension del país.